

embajador de todo y de él mismo, que, inducido secretamente por aquel hombre rastrero, me infería nuevas afrentas cada día. Obligado á gastar mucho para mantenerme al igual de mis compañeros y como correspondía á mi empleo, me era imposible ahorrar un sueldo; y cuando le pedía dinero, me hablaba de su aprecio y de su confianza, como si con ella hubiese debido llenarse mi bolsillo y proveer á todo.

Esos dos bandidos acabaron por hacer perder completamente á su amo la cabeza, que ya no tenía muy segura, y le arruinaban con una truhanería continua, presentándole negocios falaces so capa de gangas. Le hicieron alquilar en la Brenta un *palazzo* por el doble de su valor, cuyo exceso partieron con el propietario. Las habitaciones estaban inscrustadas con mosaicos y adornadas con columnas y pilastras de magníficos mármoles al estilo del país. El señor de Montaignu mandó cubrirlo todo espléndidamente de abeto, por la sola razón de que así se acostumbraba en París. Por un motivo semejante fué el único de los embajadores que había en Venecia que quitó á sus pajes la espada y el bastón á sus lacayos. He aquí cuál era el hombre que quizás siempre por el mismo motivo me tuvo entre ceja y ceja, únicamente porque le servía con fidelidad.

Yo sufrí con paciencia sus desdenes, su brutalidad y sus malos tratos mientras no creí ver odio en ellos, porque revelaban mal humor; mas desde el momento en que advertí el designio de privarme de la consideración que merecía por mi buen comportamiento, resolví tomar otro camino. La primera manifestación que vi de su mala voluntad fué con motivo de una comida que debía dar al señor duque de Módena y su familia, que estaban en Venecia, y á la cual me indicó que yo no asistiría. Yo le contesté picado, aunque sin enojo, que teniendo el honor de comer todos los días en su mesa, si el señor duque de Módena exigía que yo no lo hiciera cuando él viniese, la dignidad de S. E. y mi deber no debían consentirlo.

« ¡Cómo, dijo airado, mi secretario, que ni siquiera es gentil-hombre, pretende comer con un soberano, cuando no lo obtienen mis gentiles-hombres! Si, señor, le repliqué yo; el puesto con que V. E. me ha honrado me ennoblece tanto, mientras en él permanezca, que estoy por encima aun de vuestros gentiles-hombres ó lo que sean, y soy admitido donde ellos no pueden serlo. Vos no ignoráis que el día en que seáis recibido solemnemente, yo estoy llamado por la etiqueta y por una costumbre inmemorial á seguiros en traje de ceremonia y á comer con vos en el palacio de San Marcos; y no comprendo por qué causa, el que puede y debe comer en público con el dux y el senado de Venecia, no ha de poder comer privadamente con el duque de Módena. » Aunque el argumento no tenía réplica, el embajador no se dió por vencido; mas no tuvimos ocasión de renovar la disputa, pues el duque de Módena no comió en su casa.

Desde entonces no dejó nunca de darme motivos de disgusto y de hacerme desaire, esforzándose en quitarme las pequeñas prerrogativas anejas á mi empleo, para transmitir las á su estimado Vitali; y estoy seguro de que hasta, si se hubiese atrevido, le hubiera enviado al senado en lugar mío. Comunmente se valía del abate de Binis para escribir en su gabinete sus cartas particulares y de él se valió para remitir al señor de Maurepas una relación del asunto del capitán Olivet, en la cual, lejos de hacerle ninguna mención de mí, único que me había ocupado de ello, me quitaba hasta el honor de proceso verbal, de que le envió un duplicado para atribuirlo á Patizel, que ni siquiera había dicho una palabra.

Quería mortificarme y complacer á su favorito, pero sin deshacerse de mí, pues conocía que no le sería tan fácil hallarme un sucesor como le había sido encontrarlo para el señor Follau, pues éste ya lo había dado á conocer. Necesitaba imprescindiblemente un secretario que supiese el italiano á

causa de las respuestas del senado; que despachara todas las notas y todos sus asuntos sin que él se metiese en nada; que al mérito de servir bien uniese la bajeza de complacer á todos sus bellacos y gentiles-hombres. Por consiguiente quería conservarme, abatirme teniéndome lejos de mi país y del suyo, sin dinero para volverme, y tal vez lo habría conseguido, si se hubiese portado con moderación. Pero Vitali, que tenía otras miras y quería impelerme á tomar una resolución, logró su objeto. Desde el momento en que vi que todos mis cuidados eran trabajo perdido, que el embajador tenía por crímenes mis servicios en vez de agradecerme los, que no tenía que esperar de él más que ingratitud dentro é injusticias fuera y que el descrédito general en que habían caído sus malos oficios podían dañarme, sin que los buenos pudiesen servirme, me resolví á marcharme dándole tiempo para que buscase otro secretario; pero sin decirme que sí ni que no, siguieron las cosas el mismo curso que antes.

Viendo que nada se adelantaba y que nada hacía para encontrarme un sucesor, escribí á su hermano detallando mis motivos y suplicándole que obtuviese de S. E. el permiso de retirarme, añadiendo que de todos modos me era imposible continuar. Largo tiempo estuve esperando sin obtener respuesta alguna, y ya empezaba á estar muy molesto cuando el embajador recibió al fin una carta de su hermano. Preciso es que fuese muy enérgica, porque motivó arrebatos muy feroces, tales como jamás los había visto. Después de deshacerse en torrentes de abominables injurias y no sabiendo ya qué decir, me acusó de haber vendido sus cifras. Yo me eché á reír y le pregunté en tono zumbón si creía que hubiese en toda Venecia una persona siquiera que diese por ellas un solo escudo. Esta respuesta le hizo echar espumarajos de ira, hizo ademán de llamar á los criados para hacerme, según dijo, arrojar por la ventana. Hasta entonces yo había permanecido muy tranquilo,

mas al oír esta amenaza, la cólera y la indignación me arrebataron á mi vez; me lancé á la puerta y tirando del picaporte que la cerraba por dentro le contesté, dirigiéndome á él con paso grave: «No, señor conde, contentaos con que vuestros servidores no se mezclen en este asunto, que esto quede entre nosotros.» Mi acción y mi semblante le calmaron instantáneamente, y se dibujó en su rostro el sobresalto y la sorpresa. Cuando le vi repuesto de su furia, me despedí de él en pocas palabras; luego, sin esperar su respuesta, abrí de nuevo la puerta, salí y pasé pausadamente por la antecámara en medio de sus servidores, que se levantaron, como de ordinario, y que más bien se hubieran puesto de mi lado que del suyo. Sin subir siquiera á mi habitación bajé la escalera, y salí inmediatamente de palacio para no volver jamás á pisarlo.

Fuí directamente á casa de Le Blond á contarle el lance, que le sorprendió poco, pues conocía á nuestro hombre. Me invitó á comer, y esta comida, aunque improvisada, fué magnífica; á ella asistieron todos los franceses de consideración que se hallaban en Venecia, y el embajador no tuvo á su lado á nadie. El cónsul refirió la aventura á los presentes, á cuyo relato no hubo más que una opinión, que seguramente no fué favorable á S. E. No me había ajustado la cuenta ni me había dado un solo sueldo; y, reducido por todo recurso á algunos luises que tenía, me hallaba con dificultades para volverme. Todos me ofrecieron su bolsillo y tomé unos veinte zequies de Le Blond y otros tantos del señor de Saint-Cyr, con quien después de aquél, tenía mayor intimidad, dando las gracias á los demás, y entre tanto me albergué hasta el día de mi partida en la cancillería del consulado para probar al público que la nación no era cómplice de las injusticias del embajador. Furioso éste al verme obsequiado en mi infortunio y él abandonado, no obstante de ser todo un embajador, perdió completamente la cabeza y se portó como un loco, olvidándose

hasta el extremo de presentar al senado una memoria para hacerme detener, y habiéndome dado aviso de ello el abate de Binis, determiné permanecer quince días más, en vez de marchar al día siguiente, como había contado. Mi conducta había sido conocida y aprobada y yo era generalmente apreciado. El senado ni siquiera se dignó responder á la extravagante memoria del embajador, y por intermedio del cónsul me dijo que podía quedarme en Venecia cuanto tiempo quisiese sin inquietarme por las exigencias de un loco. Seguí visitando á mis amigos, fui á despedirme del embajador de España, que me recibió con mucha caballerosidad, y del conde Finocchietti, ministro de Nápoles, á quien, por no haberle encontrado, le escribí una carta y me contestó en los términos más halagüeños.

En fin, partí no dejando á pesar de mi estrechez más deudas que los préstamos que acabo de citar y unos cincuenta escudos en casa del mercader Morandi, que Carrio se encargó de satisfacer y que jamás le he devuelto á pesar de habernos visto menudo desde entonces; pero los dos citados préstamos los satisface con toda exactitud tan pronto como me fué posible.

No dejemos á Venecia sin decir algo de las célebres diversiones de esta ciudad ó á lo menos de la pequeña parte que en ellas tomé durante mi permanencia. En el transcurso de mi juventud ya se ha visto cuán poco he gustado los placeres de esta edad ó á lo menos los tenidos por tales. En Venecia no cambié de gustos; pero mis ocupaciones, que por otra parte me los hubieran impedido, hicieron más picarecos los sencillos recreos que me permitía. El primero y más grato era la compañía de las personas de mérito, los señores Le Blond Saint-Cyr, Carrio, Altuna, y un noble del Friul, cuyo nombre siento mucho haber olvidado, y cuyo amable recuerdo nunca deja de conmoverme; de cuantos hombres he conocido en mi vida era el que poseía un corazón más semejante al mío. Éramos también amigos de dos ó tres ingleses muy despejados é ins-

truidos, apasionados por la música como nosotros. Todos estos señores tenían mujer, amiga ó querida; estas últimas, casi todas eran jóvenes de ingenio, en cuyas casas se daban conciertos ó bailes. También se jugaba, aunque muy poco; nos hacían insipido este entretenimiento, los placeres vivos, las diversiones y los espectáculos. El juego no es más que un recurso de las personas que se fastidian.

Yo había traído de París la preocupación que allí domina contra la música italiana; mas también había recibido de la naturaleza la sensibilidad contra la cual nada pueden las preocupaciones. Pronto me inspiró la pasión que inspira á los que han nacido para comprenderla. Al escuchar las barcarolas, conocí que nunca había oído cantar hasta entonces; y me aficioné á la ópera de tal modo, que fastidiado de charlar, comer y jugar en los palcos, cuando no hubiera querido hacer otra cosa que escuchar, me apartaba á menudo de la compañía para ir á otro lado. Allí, solo, encerrado en mi palco, me entregaba, á pesar de la duración del espectáculo, al placer de gozarlo á mi gusto hasta el fin. Un día, me quedé dormido en el teatro de San Crisóstomo y más profundamente que si estuviera en mi cama. Los pasajes más ruidosos y brillantes no pudieron despertarme; mas, ¿quién pudiera expresar la deliciosa sensación que me causaron la dulce armonía y los angélicos cantos del trozo que me despertó? ¡Qué despertar, qué arrobamiento! ¡qué éxtasis! cuando á un mismo tiempo abrí los ojos y los oídos. El primer pensamiento fué creerme en el paraíso. Ese trozo encantador que todavía recuerdo y jamás olvidaré, empezaba así:

*Conservami la bella
Che sí mi accende in cor.*

Quise poseer este trozo, lo conseguí y lo he guardado largo tiempo; pero mejor lo conservaba en mi memoria que sobre

el papel donde constaban seguramente las mismas notas, pero no era aquello mismo. Esta divina aria sólo en mi mente puede ser ejecutada, como lo fué en efecto el día que me despertó.

A mi modo de ver hay una música muy superior á la de las óperas y que no tiene semejante en Italia ni en el resto del mundo, y es la de las *scuole*. La *scuole* son casas de caridad establecidas para dar educación á niñas pobres, á quienes dota luego la república casándolas ó haciéndolas monjas. Entre los conocimientos que cultivan esas niñas, la música ocupa el primer lugar. Cada domingo en la iglesia de cada una de esas cuatro *scuole*, durante las visperas, se ejecutan *motetes* á gran coro y á gran orquesta, compuestos y dirigidos por los más grandes maestros de Italia, ejecutados en tribunas enrejadas, únicamente por niñas de las cuales la mayor no cuenta veinte años. Nada conozco tan voluptuoso, tan conmovedor como esta música; las maravillas del arte, el gusto exquisito de los cantos, la belleza de las voces, lo exacto de la ejecución, todo, en fin, en esos deliciosos conciertos concurre á producir una impresión, que no es seguramente muy saludable, pero de que no creo que haya corazón capaz de librarse. Ni Carrio ni yo dejábamos nunca de asistir á esas visperas en los *Mendicanti*, y no éramos los únicos. La iglesia estaba llena siempre de aficionados, y hasta los mismos actores de la ópera iban á estudiar el verdadero gusto del canto con estos excelentes modelos.

Lo que me desconsolaba eran aquellas malditas rejas que, dando sólo paso á los sonidos, me ocultaban los bellos ángeles que tales voces tenían. Yo no hablaba de otra cosa. Un día conversando de ello en casa de Le Blond, éste me dijo: «Si tenéis curiosidad por conocer á esas niñas, fácil es satisfaceros. Yo soy uno de los administradores de la casa y quiero que podáis merendar en su compañía.» Yo no le dejé punto de reposo hasta que hubo cumplido su palabra. Al entrar en el salón que

encerraba esas codiciadas bellezas sentí una emoción amorosa que jamás había experimentado. El señor Le Blond me presentó una tras otra todas aquellas cantatrices célebres, de quienes no conocía más que la voz y el nombre. «Venid, Sofía...» Era horrible. «Venid, Catina...» Etra tuerta. «Venid, Bettina...» Estaba desfigurada por las viruelas. Apenas había una que no tuviese un defecto notable. El malvado se reía de mi cruel sorpresa. Sin embargo, hubo dos ó tres que no me parecieron del todo feas: mas no cantaban sino en los coros. Yo estaba desconsolado. Durante la merienda, las estimularon y estuvieron animadas. La fealdad no excluye las gracias, y las encontré en ellas. Yo me decía: no se canta así sin alma; por consiguiente deben tenerla. En fin, mi manera de verlas cambió de tal modo que salí prendado de todas aquellas feitas. Apenas me atrevía á volver á sus visperas, mas en breve me tranquilicé, y continué hallando sus cantos deliciosos, y sus voces prestaban en mi mente tal encanto á sus rostros, que siempre que cantaban, á pesar de mis ojos, me empeñaba en hallarlas bellas.

Tan poco cuesta la música en Italia que no hay que privarse cuando se tiene gusto por ella. Alquilé un clavicordio, y por un escudito tenía en mi casa cuatro ó cinco sinfonistas con quienes me ejercitaba una vez á la semana ejecutando los trozos que más me gustaron. También hice ensayar algunos trozos de mis *Musas galantes*. Sea que agradase ó que quisiese halagarme, ello es que el maestro de baile de San Juan Crisóstomo me hizo pedir dos que tuve el placer de oír ejecutar por aquella admirable orquesta, y fueron bailados por una joven llamada Bettina, linda y sobre todo amable muchacha, mantenida por un español, amigo nuestro, llamado Pogoaga, y á casa de la cual íbamos á pasar la velada.

Mas, á propósito de muchachas, seguramente no es en una ciudad como Venecia donde uno se abstiene de ellas y podría decirseme: ¿nada tenéis que confesar sobre este punto? Sí; en

efecto algo tengo que decir y voy á proceder á esta confesión con la misma ingenuidad que he usado en todas las demás.

Siempre he tenido aversión á las mujeres públicas, y en Venecia no tenía otra cosa á mi alcance, pues á causa de mi empleo me estaba prohibida la entrada en la mayor parte de las casas. Las hijas de Le Blond eran muy amables, pero muy difíciles, y yo apreciaba demasiado á sus padres para pensar siquiera en codiciarlas.

Más me hubiera gustado una joven llamada señorita de Cateo, hija del agente del rey de Prusia; pero Carrio estaba enamorado de ella y hasta se trató de casamiento. Él estaba acomodado, y yo nada tenía; él tenía cien luises de sueldo, cuando el mío no era más que de cien pistolas; y además de que yo no quería hacer la competencia á un amigo, sabía que por todas partes y sobre todo en Venecia con un bolsillo tan escuálido no debe uno meterse á galanteador. No había perdido el funesto hábito de engañar mis necesidades; y harto atareado para sentir vivamente las que causa el clima, viví en esa ciudad cerca de un año con tanta prudencia como lo había hecho en Paris, y salí de ella al cabo de diez y ocho meses sin haber cohabitado más que dos veces en las singulares circunstancias que voy á citar.

La primera me fué proporcionada por el pulcro gentil-hombre Vitali, poco tiempo después de la satisfacción que le obligué á darme en toda forma. Se hablaba en la mesa de las diversiones de Venecia. Aquellos señores me echaban en cara mi indiferencia hacia la más incitante de todas, ponderando el gracejo de las cortesanas venecianas, y diciendo que no tenían rival en el mundo. Domingo añadió que era preciso conociese á la más amable de todas, que él me acompañaría y que se lo había de agradecer. Yo me ref de este ofrecimiento oficioso, y el conde Peati, hombre ya viejo y venerable, dijo, con una franqueza que no podía esperarse de un italiano, que me creía harto

prudente para que me dejase llevar por mi enemigo á una casa de muchachas. En efecto, yo no tenía tentación ni intención de ir; mas á pesar de ello, por una de esas inconsecuencias que yo mismo difícilmente comprendo, acabé por dejarme arrastrar contra mi gusto, mi corazón, mi razón y hasta contra mi voluntad, únicamente por flaqueza, por vergüenza de manifestar desconfianza, y, como allí se dice, *per non parer troppo coglione*. La *padoana* á quien visitamos era bastante linda, y aun hermosa, pero no fué de mi gusto. Domingo me dejó con ella; yo mandé traer sorbetes, la hice cantar, y al cabo de media hora quise marcharme dejando un escudo sobre la mesa; mas tuvo el singular escrúpulo de no admitirlo sin haberlo ganado, y yo la singular estupidez de quitarle ese escúpulo. Volvíme á palacio tan persuadido de que estaba contaminado, que lo primero que hice al llegar fué llamar al médico para pedirle tisanas. Es inexplicable la inquietud que sufrí durante tres semanas, á pesar de que no justificase ninguna dolencia real ni signo alguno aparente. Yo no podía concebir que pudiese salir impune de los brazos de la *padoana*; el mismo médico no me logró tranquilizar sino con gran trabajo, persuadiéndome de que estaba conformado de un modo particular que hacía que difícilmente pudiese quedar infectado; y aunque yo me haya expuesto quizás menos que otro ninguno á esta experiencia, por este lado jamás ha sufrido menoscabo mi salud, lo cual prueba la razón del médico. Sin embargo, esta opinión no me ha hecho temerario, y si efectivamente he recibido de la naturaleza esta ventaja, puedo decir que no he abusado de ella. La otra aventura, aunque también con una cortesana, fué de un género muy diferente así por su origen, como por sus consecuencias. Ya dije que el capitán Olivet me había dado á bordo una comida á la cual llevé al secretario de España. Me esperaba un saludo de ordenanza; la tripulación nos recibió con alegría, pero sin disparar un fagonazo, lo que me mortifi-

ficó mucho por Carrio, á quien vi un poco picado y es lo cierto que en los buques mercantes se saludaba con disparos á personas de menor categoría que la nuestra, y además yo creía merecer alguna distinción del capitán. No pude disimular, puesto que siempre me ha sido imposible, y aunque la comida fuese muy buena y Olivet hiciese muy bien los honores de la mesa, la empecé de mal humor comiendo poco y hablando menos.

Á lo menos al primer brindis me esperaba una salva, pero no se oyó un tiro. Carrio, que leía en mi alma, se reía al verme refunfuñar como un chiquillo, y á cosa del tercio de la comida veo aproximarse una góndola. «Á fe mía, caballero, me dijo el capitán, id con cuidado pues se acerca el enemigo.» Yo le pregunté qué quería decir, y me respondió bromeando. La góndola atracó y vi salir de ella á una joven desumbradora, graciosamente vestida y muy libre, que en tres saltos se plantó en la cámara y la ví sentada á mi lado antes que pudiese hacerme cargo de que se había puesto otro cubierto. Era tan bella como vivaracha; una morenita de veinte abriles lo más. No hablaba más que el italiano, y sólo su acento hubiera bastado para hacerme perder la cabeza. Siguiendo así la comida y conversando me miró, se fijó un momento y luego exclamó: «¡Virgen María! ¡ah! ¡mi caro Bremond! ¡cuánto tiempo hace que no te había visto!» Se arrojó en mis brazos, aplicó su boca á la mía y me abrazó frenéticamente. Sus grandes ojos negros á la oriental lanzaban centellas á mi corazón; y aunque la sorpresa motivó al principio alguna distracción, la voluptuosidad me subyugó rápidamente hasta el punto que á pesar de los espectadores fué necesario que esta hermosa me contuviese, porque yo estaba ébrio, ó mejor furioso. Cuando me vió en el punto que me quería, moderó un tanto sus caricias, aunque no sin vivacidad; y cuando le plugo explicarnos la causa verdadera ó falsa de toda esta petulancia, nos dijo que me parecía de tal modo al

señor de Bremond, director de las aduanas de Toscana, que era muy fácil equivocarse; que se había apasionado de este Bremond, que todavía estaba loca por él, que lo había dejado porque era una tonta, que me tomaba á mí en su lugar, que quería amarme porque así le placía, que por la misma razón era forzoso que yo la amase mientras le conviniese á ella y que cuando me dejase plantado tendría paciencia como lo había hecho su caro Bremond. Como lo dijo, lo hizo; tomó posesión de mí como si le perteneciese, dándome á guardar los guantes, el abanico, su *cinda*, su papalina; me mandaba esto y aquello y yo obedecía. Me dijo que fuese á despedir su góndola, pues quería servirse de la mía, y obedecí; me dijo que me levantara de mi asiento y rogase á Carrio que lo ocupase, pues tenía que hablarle y lo cumplí. Largo tiempo conversaron juntos y en voz baja. Yo les dejé. Ella me llamó y volví. «Oye, Zanetto, me dijo, yo no quiero de ningún modo que me hagas el amor á la francesa, y además no sería agradable; en el primer momento de fastidio, véte; pero te advierto que no te quedes á medias.» Acabada la comida fuimos á visitar la fábrica de vidrios en Murana, donde compró una porción de bagatelas, que nos dejó pagar sin cumplimientos; pero ella gastó luego por todas partes sumas más fuertes que lo que nosotros habíamos pagado. Por la indiferencia con que tiraba su dinero y nos dejaba tirar el nuestro, se veía que no tenía para ella ningún valor. Cuando hacía pagar á otro, era más bien por vanidad que por avaricia; se envanecía del aprecio que se hacía de sus favores.

Al anochecer la condujimos á su casa. Conversando vi dos pistolas sobre su tocador, y tomando una, dije: ola, «Ola, he aquí una caja para lunares de nueva invención; ¿podría saberse para qué sirve? Yo conozco otras armas más terribles que éstas.» Después de algunas bromas sobre el mismo tema, con una ingenua altivez que la hacía aún más interesante, nos dijo: «Cuando dispenso mis bondades á personas á quienes no

amo, les hago pagar el fastidio que me causan como es justo; mas si sufro sus caricias, no quiero aguantar sus insultos y el que una vez me falte no lo contará.»

Al separarnos quedamos citados para el día siguiente y nos dimos hora. No la hice esperar. La encontré *in vestito di confidenza*; en un traje de mañana más que rumboso que sólo se conoce en los países meridionales y que no me detendré á describir, aunque lo recuerdo muy bien. Sólo diré que sus vuelos y su gola eran bordados de seda, guarnecido con borlitas ó madroños de color de rosa. Esto me pareció que daba nueva vida á un cútis hermosísimo, luego vi que era la moda de Venecia y me sorprende que esta moda no se haya introducido nunca en Francia.

No tenía la menor idea de las voluptuosidades que me aguardaban. He hablado de la señora de Larnage en los raptos que su recuerdo me proporciona á veces; pero; todavía ¡cuán vieja y fría era comparada con Julietta. ¡No es posible que el lector imagine el atractivo y las gracias de esta encantadora niña, porque se quedaría muy corto; las jóvenes vírgenes de los claustros son menos frescas, las beldades de los serrallos menos vivas, las huries del paraíso menos incitantes. Jamás se ofreció al corazón y los sentidos de un mortal más dulce goce. ¡Ah! si á lo menos hubiese sabido gozarlo enteramente y con toda su plenitud una vez siquiera... lo gocé, pero sin ilusión; emboté toda mi delicia; la destruí, como de propósito. No, la naturaleza no me ha hecho para gozar; ha colocado en mi mala cabeza el veneno de esta felicidad inefable, cuyo apetito depositó en mi corazón.

Si hay alguna circunstancia de mi vida que pinte bien mi carácter, es la que voy á relatar. La viveza con que se me representa en este momento el objeto de mi libro, hará que desprecie aquí el falso miramiento que podría detenerme en con-

tarlo. Los que queréis conocer á un hombre, quienes quiera que seáis, leed las dos ó tres páginas siguientes: vais á conocer plenamente á Juan Jacobo Rousseau.

Entré en la alcova de una cortesana como en el santuario del amor y de la belleza, cuya divinidad creí ver en su persona. Jamás habría creído que sin respeto y sin estimación se hubiese podido sentir nada semejante á lo que ella me hizo experimentar. Así que desde las primeras familiaridades hube conocido el precio de sus gracias y de sus caricias, cuando por miedo de perder el fruto de antemano quise apresurarme á cogerlo; mas de repente en vez del fuego que me devoraba sentí un frío mortal que recorría todas mis venas: las piernas me flaqueaban, y sintiéndome desfallecer, empecé á llorar como un niño.

¿Quién fuera capaz de adivinar la causa de mis lágrimas y lo que en aquel instante pasaba por mi mente? Yo me decía: este ser que está á mi disposición, es la obra maestra de la naturaleza y del amor; el espíritu y el cuerpo son perfectos; es tan buena y generosa, como amable y bella; los grandes y los príncipes deberían ser esclavos suyos y á sus pies deberían rendirse los cetos. Sin embargo, es una miserable cortesana, entregada al público; un capitán de buque mercante dispone de ella, y viene por sí misma á entregarse á mí sabiendo que nada poseo; á mí, cuyo mérito, que ella es incapaz de conocer, es nulo á sus ojos. Hay en esto algo de incomprendible: ó mi corazón me engaña, fascina mis sentidos y me convierte en juguete de una indigna ramera, ó es fuerza que algún secreto defecto que yo ignoro destruya el efecto del embeleso, y la haga odiosa á los que deberían disputársela. Entonces me apliqué á buscar este defecto dominado por una lucha interna singular, y ni siquiera se me ocurrió la idea de que el g... pudiese ser causa de ello. La frescura de sus carnes, la brillantez de su tez, la blancura de sus dientes, la suavidad

de su aliento, la pulcritud de toda su persona, alejaban de mí esta idea tan completamente, que, conservando aún alguna duda sobre el estado de mi salud desde la padoana, hasta sentía el temor de no hallarme bastante sano para ella; y estoy bien persuadido de que en este punto mi confianza no me engañaba.

Estas reflexiones tan oportunamente sugeridas me conmovieron hasta el punto de hacerme llorar. Julietta, para quien era esto un espectáculo nuevo en semejantes circunstancias, quedó cortada por un momento; mas habiendo dado una vuelta por el cuarto y pasado por delante del espejo, comprendió y mis ojos le confirmaron que no era el desagrado la causa de semejante fiasco, de que no le fué difícil curarme y borrar esta nimia vergüenza; mas en el momento en que estaba próximo á desfallecer sobre aquel seno, que parecía recibir por vez primera la boca y la mano de un hombre, observé que le faltaba un pezón. Sorprendí, examiné y creí que no estaba formado como el otro. Echéme á buscar en mi mente cómo podía ser eso; y persuadido de que era debido á un vicio de la naturaleza, á fuerza de dar vueltas á esta idea, vi claro como la luz del día que, en la persona de la más encantadora muchacha que pudiese imaginar, no tenía en mis brazos más que una especie de monstruo, desecho de la naturaleza, de los hombres y del amor. Llevé mi estupidez hasta el extremo de hablarle de este pecho defectuoso. Al principio, ella lo tomó á broma, y, con su carácter bullicioso, dijo é hizo cosas capaces de hacerme morir de amor; mas como yo conservaba un fondo de inquietud, que no pude ocultarle, vi al fin encenderse su rostro, abrocharse de nuevo, levantarse, y sin decir palabra ir á asomarse á la ventana. Yo quise colocarme á su lado; ella se apartó, yendo á sentarse sobre un canapé, levantándose en seguida; y paseándose por la estancia, abanicándose, me dijo en tono frío y desdenoso: *Zanetto, lascia le donne e studia la matematica.*

Antes de marcharme pedile otra entrevista para el siguiente día, que alejó ella hasta el tercero, añadiendo con una sonrisa irónica que yo tendría necesidad de reposo. Yo pasé este tiempo incómodo embebido con sus encantos y gracias, sintiendo mi extravagancia, echándomela en cara y afligiéndome por haber empleado tan mal un tiempo que de mí solo hubiera dependido que fuese el más dulce de mi vida; esperé con la mayor impaciencia el de reparar la pérdida, y sin embargo inquieto todavía, no pudiendo conciliar las perfecciones de esta adorable moza con la baja de su estado.

Á la hora citada corrí, volé á su casa. Ignoro si su temperamento ardiente se hubiera satisfecho con esta visita; á lo menos lo hubiera sido su orgullo, pues de antemano yo experimentaba un placer delicioso imaginando cómo sabría demostrarle de todas maneras que sabía reparar mis faltas. Prueba excusada. El gondolero que le envié al atracar, volvió diciendo que había partido la víspera para Florencia. Si no había sentido toda la fuerza de mi amor al poseerla, la sentí cruel por de más al perderla. Mi insensato pesar no me ha abandonado. Por más amable, por más encantadora que á mis ojos fuese, podía consolarme de perderla; mas de lo que no he podido consolarme, lo confieso, es de que no haya podido guardar de mí más que un recuerdo de menosprecio.

He aquí mis dos anécdotas. Los diez y ocho meses pasados en Venecia no me dan motivo para referir otra cosa, á no ser un simple proyecto. Carrió era galanteador; fastidiado de no tratar más que con muchachas que pertenecian á otros, tuvo el capricho de tener una también; y como éramos inseparables, me propuso el arreglo, en Venecia nada raro, de tomarla para los dos. Yo consentí en ello, tratóse de encontrar una de confianza: tanto buscó que al fin desenterró una niña de once á doce años, á quien su indigna madre quería vender. Fuimos á verla juntos; mis entrañas se conmovieron viendo

aquella criatura; era rubia y dulce como un cordero; nadie la hubiera tomado por italiana. En Venecia se vive barato; dimos algún dinero á la madre y nos encargamos de la manutención de la hija, y, teniendo ésta buena voz, á fin de procurarle un recurso para vivir, dímosle una espineta y un maestro de canto. Apenas nos costaba todo esto dos zequies mensuales á cada uno; mas, como era preciso aguardar á que estuviese desarrollada, era sembrar mucho antes de recoger. Sin embargo, satisfechos con ir allí á pasar las veladas, hablando y jugando muy inocentemente con esta niña, nos divertíamos quizás más gratamente que si la hubiésemos poseído; tan cierto es que lo que más no atrae hacia las mujeres es más que la incontinencia cierto placer que se experimenta viviendo con ellas. Insensiblemente iba amando á la pequeña Anzoletta, pero con un cariño paternal, en que tan poca parte tenían los sentidos que á medida que iba aumentando me hubiera sido menos posible que se dejaran sentir; y yo conocía que me hubiera horrorizado gozar de aquella niña, llegada su edad núbil, como de un incesto abominable, y ví que los sentimientos del buen Carrio, sin que él lo echara de ver, seguían el mismo camino. Así nos proporcionamos naturalmente placeres no menos dulces, aunque muy diferentes de los que nos propusimos al principio; y estoy cierto de que por más hermosa que hubiese podido llegar á ser aquella pobre criatura, lejos de ser jamás los corruptores de su inocencia, habríamos sido sus protectores. La catástrofe que me ocurrió poco tiempo después de eso no me dejó el necesario para tomar parte en esta buena obra, y no puedo envanecerme en este asunto más que de la inclinación de mi alma.

Volvamos á mi viaje.

El primer proyecto que formé al salir de la casa de Montaigne fué retirarme á Ginebra esperando que una suerte mejor,

apartando los obstáculos, pudiese reunirme á mi pobre mamá. Mas el ruido que había metido nuestro rompimiento y la tontería que cometió de escribirlo á la corte, me hizo tomar la resolución de ir yo mismo á dar cuenta de mi conducta y quejarme de un loco. Desde Venecia participé mi resolución al señor du Theil, encargado interino de los negocios extranjeros desde la muerte del señor de Amelot¹. Partí al mismo tiempo que la carta, tomando el camino por Bérgamo, Como y Domodossola, y atravesé el Simplón. En Sión, el señor de Chaignón, encargado de negocios de Francia, me dispensó mil finezas, y otro tanto hizo en Ginebra el señor de la Closure. Aquí renové mi conocimiento con el señor de Gauffecourt, quien debía entregarme algún dinero.

Había pasado por Nyón sin ver á mi padre, y no es que no me costase gran trabajo, mas no pude resolverme á mostrarme á mi madrastra después de mi desastre, seguro de que ella me juzgaría sin oirme. El librero Duvillard, antiguo amigo de mi padre, me lo afeó. Yo le dije la causa, y para reparar mi falta sin expormé á ver á mi madrastra tomé una silla y fuimos juntos á Nyón parando en la taberna. Duvillard fué á buscar á mi pobre padre, que acudió volando á mis brazos. Cenamos juntos, y después de haber pasado una velada grata á mi corazón, á la mañana siguiente volví á Ginebra con Duvillard, á quien siempre he agradecido el bien que en esta ocasión me hizo.

El camino más corto no era el de Lyon, pero quise pasar por allí á fin de descubrir una miserable intriga del señor de Montaigne. Yo me había hecho traer de París una cajita que contenía una chupa bordada en oro, algunos pares de vueltas y seis de medias de seda blancas; nada más. Habiéndomelo propuesto él mismo, hice unir esta cajita á su equipaje. En la

¹ Es decir, después de su cesantía El señor de Amelot era ministro, gracias al cardenal Fleury. A la muerte de éste (febrero de 1743) fué despedido.

cuenta de boticario que quiso darme en pago de mis honorarios y que había escrito de su propio puño, había puesto esa cajita, á que llamaba fardo, atribuyéndole un peso de quince quintales, cuyo porte ascendía á un precio enorme. Por mediación del señor Boy de La Tour, á quien estaba yo recomendado por su tío el señor Roquín, se averiguó por los registros de las aduanas de Lyon y de Marsella que el expresado fardo no pesaba más que cuarenta y cinco libras y no había pagado el porte más que á razón de este peso. Junté este extracto auténtico á la cuenta del señor de Montaigu; y pertrechado con estos documentos y con muchos otros del mismo género, me trasladé á París impaciente por hacer uso de ellos. Durante esta larga travesía tuve algunas aventurillas en Como, en Valais y otros puntos. Vi varias cosas, y entre otras las islas Borromeas, que merecerían ser descritas; pero me falta tiempo, me rodean los espías; me veo obligado á hacer aprisa y mal un trabajo que exige el espacio y la tranquilidad que me falta. Si algún día volviendo los ojos á mí la Providencia me depara al fin más apacibles días, los destino á refundir esta obra si me es posible, ó á lo menos á ponerle un suplemento que conozco necesita en gran manera ⁴.

El ruido de mi historia con el embajador se me había adelantado, y al llegar hallé ya en las oficinas y fuera de ellas á todo el mundo escandalizado de las locuras del mismo. Á pesar de esto, á pesar de mi reputación en Venecia, á pesar de las pruebas irrefutables que yo exhibía, no pude obtener justicia. Lejos de tener satisfacción y reparación, hasta fui dejado á discreción del embajador en cuanto á mis haberes, y esto por la única razón de que, no siendo francés, no tenía derecho á la protección nacional, y de que esto era un asunto particular entre él y yo. Todo el mundo convino conmigo en que yo es-

⁴ He renunciado á este proyecto.

taba ofendido y perjudicado; en que el embajador, era un extravagante, cruel, inicuo, y que este hecho le deshonoraba para siempre. ¡Pero qué! él era el embajador y yo no más que el secretario. El buen orden, ó lo que así se llama, exigía que yo no obtuviese la menor justicia y no logré ninguna.

Yo me imaginé que á fuerza de gritar, y tratar á este loco como se merecía, al fin me dirían que callase; y esto era lo que esperaba resuelto á no obedecer hasta que se hubiese sentenciado la causa. Mas entonces no había ministro de negocios extranjeros, y me dejaron gritar; es más, me animaron y me hacían coro; mas aquí paró todo, hasta que cansado de tener siempre razón y nunca justicia, me cansé y lo abandoné todo.

La única persona que me recibió mal y de quien nunca lo habría esperado fué la señora de Beuzenval. Hinchada con las prerogativas del rango y de la nobleza, jamás le pudo entrar en la cabeza que un embajador pudiese no tener razón contra su secretario. La acogida que me dispensó fué al tenor de esta preocupación. Yo me piqué de tal modo, que al salir le dirigí una carta de las mas violentas que haya escrito en mi vida ¹ y no me presenté más en su casa. El padre Castel me recibió mejor; mas á través de la melosidad jesuitica, le vi seguir con bastante exactitud una de las grandes máximas de la sociedad, que es inmolar siempre al más débil en aras del poderoso. El vivo sentimiento de la justicia de mi causa y mi altivez natural no me permitieron sufrir con paciencia esta par-

¹ He aquí un fragmento de esta carta citada por Musset-Pathay: «Yo me tengo la culpa, señora, me había equivocado: os creía justa, pero hubiera debido recordar que sois noble; hubiera debido recordar que es una inconveniencia que yo, plebeyo, reclame contra un noble. ¿Tengo ascendientes, tengo títulos? La equidad sin pergamino; es acaso equidad?... Si el señor de Montaigu carece de elevación de alma, es porque su nobleza le dispensa de tenerla; si si está afiliado á cuanto hay de inmundo en la ciudad más inmoral, si frecuenta el trato de los farsantes, si lo es él mismo, es porque sus antepasados han tenido honor por él.»